

EL ALBUM.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, ARTES, TEATROS, SALONES Y MODAS.

Dirección y Redacción,
Pedregosa, 7.
Administración, Azonaicas, 4.

DIRECTOR.—D. CÁRLOS DIAZ.

Precios.
En Córdoba, trimestre, 6 rs.
Fuera de la capital; id., 7 id.

SUMARIO.

El Otoño, por E. Valdelomar.—Decidle mi amor, por Carlos Vieyra de Abreu.—Flores y amores, por H***—En su ausencia, por José Lopez Herrera.—Del Suizo á la Suiza, por Eusebio Blasco.—El beso de Zulima, por Carlos Vieyra de Abreu.—A su retrato, por C. Cano.—Madrigal, por N. Gonzalez.—Cantares, por J. L.—Misceláneas.—Pasatiempos.—Correspondencia particular.

A LOS SUSCRITORES.

El número presente no ha podido salir á luz en el día que acostumbra, por varias razones. Primera; porque ha estado afligidísimo con motivo de la marcha de su Director á Granada, donde aún permanecerá algunos días; segunda, por haber faltado el fabricante en la remision del papel; tercera, por haber andado los redactores, unos malos y otros peores.

Lo que se comunica para satisfacción del público, pidiendo perdón que se espera obtener, siquiera por la franqueza con que se confiesa y la humildad con que se pide.

Una tarde de Otoño.

I.

Es indudable que las estaciones del año influyen poderosamente en nuestra naturaleza y se identifican en nuestro ánimo acompañándole con impresiones más ó menos vivas que alientan la alegría ó inspiran la tristeza.

Una nueva vejetacion fresca y lozana des-

pierta todos los años con el florido manto de la Primavera, recibe el beso de fuego del ardiente Sol del Estío, languidece y se marchita á las primeras brisas de Otoño y muere envuelta entre los blancos sudarios de las nieves de Enero.

Todas estas épocas tienen una estrecha relacion con los periodos de nuestra vida y ante el grandioso espectáculo de una naturaleza que vive y muere á nuestra vista, recordamos involuntariamente lo efimero de nuestra pasagera existencia y admiramos á Dios renovándose nuestra fé.

Yo aspiro y siento con placer el perfume y la alegría de una hermosa mañana de Mayo, con sus frescos capullos, con sus parleras golondrinas y sus pintadas mariposas; encuentro tambien una sombría grandeza en la desecha tempestad de un nebuloso día de invierno y es una dulce y grata compañera la templada llama de la añeja encina que arde en el hogar que rodea la familia, donde nos adormimos con tranquila pereza mientras el viento silva en la campana de la chimenea y convertido en huracan arrasa los campos; admiro tambien con gozo las doradas mieses de Julio, los sabrosos frutos que penden de los verdes árboles y esas hermosas noches del Estío en que la luna brilla silenciosa y trasparente en un cielo sin nubes, rielando sus templados rayos en la tranquila corriente de los rios y los lagos que le sirven de espejo.

Mas ninguna estacion me impresiona tan vivamente haciéndome sentir todo lo bello y admirando mejor todo lo grande, cual la melancolica y triste estacion del Otoño.

Espero siempre con ansia las frescas brisas de Octubre; nunca las alfombras de tostadas y marchitas hojas que inundan los campos, entristecen mi ánimo y anublan mi fantasía; contemplo á aquellos árboles que empiezan á desprenderse de su follaje, dispuestos á recibir una nueva vejetacion más rica y frondosa que la que dejan abandonada al polvo y al viento y aquellas desnudas ramas que se elevan bajo el cielo azul de la tarde me muestran

mas horizontes donde estender mejor el vuelo de mi fantasía.

«La vida es sueño», dijo un clarísimo ingenio gloria de España y admiración del mundo, y si es verdad que soñando vivimos, permíteme vivir y soñar en una serena tarde de Octubre bajo el purísimo manto del cielo de mi patria.

II.

Un sol brillante y claro declina lentamente hacia su ocaso tiñendo con sus reflejos un magnífico y dilatado horizonte que baña en caprichosos celajes de oro y grana.

El cielo parece que sonríe orgulloso con su limpio azul, la atmósfera es tan pura y despejada que el aire que se respira fortalece y anima haciendo sentir un exceso de vida que embarga los sentidos despertando la imaginación ya á las imágenes lisonjeras de un porvenir risueño ó á los dulces y melancólicos recuerdos de un pasado venturoso.

Hermosa y cándida niña de cabellos rubios y rasgados ojos azules que apoyada silenciosa en tu reja contemplas el hermoso cuadro de una tarde de Otoño, si tu corazón no ha sentido, si tu mente no ha soñado, de fijo despertarán tus sentimientos y nacerán tus sueños bajo el influjo misterioso de Dios y la naturaleza.

Muy serena y tranquila es la corriente del río que contemplas y que meció tu cuna, muy grata es á tus oídos la sonora vibración de la campana de tu aldea, que miras dormida á tus plantas como una blanca paloma, muy puros los perfiles que presentan allá á lo lejos tus azuladas montañas, pero tu ambicionas ya descubrir un nuevo horizonte donde admiren nuevos seres el brillo de tus ojos y la pureza de tu frente para llenar tu corazón de impresiones más vivas que las sentidas hasta ahora al dulce murmullo de ese río.

Y cuando realices tus hermosos sueños cuando se cumplan tus lisonjeras esperanzas encontrando ante tus ojos la ardiente mirada de otros que avaros de tus impresiones quieran adivinar más audaces hasta el más oculto de tus pensamientos, abrirás tu alma gozosa á estas nuevas sensaciones como abre la rosa su capullo para esparcir su perfume en las alboradas de Abril.

¡Sentir y amar! esa es la necesidad de la juventud. No se conciben bajo el Sol de la vida, corazones fríos ó indiferentes: despojaos si

posible fuese, de vuestros recuerdos de vuestras esperanzas, de vuestra realidad más venturosa y encontrareis en el alma el vacío y la muerte, arrastrando una existencia imposible, por desconocer esa clara fuente de afectos que nos eleva hasta Dios.

Así cuando los bosques agitan su ramaje á los vientos de Otoño entregándole sus tostadas ojas y después de la primera pasajera tormenta se contempla la belleza de un cielo sereno y azul, en esa hora melancólica de la tarde en que la tórtola arruya en la alameda y el Sol se pone detrás de la montaña, cuando contrasta dulcemente con la tenue luz del crepúsculo el verde amarillento del follaje en el que se descubren como olvidadas perlas algunas gotas de agua y allá á lo lejos se divisa una casita blanca como la nieve que levanta su penacho de humo, ofreciendoos un asilo, es imposible permanecer indiferente sin adorar á Dios, bendiciendo el hogar, el amor y la familia.

Y no me entrego solo á mis propios recuerdos ni me recreo aisladamente en el tranquilo bienestar que estas horas me inspiran: enlazo mi imaginación con otros seres á quienes supongo poseídos de la misma encantadora misteriosa influencia.

Pienso en el honrado anciano de blanca cabellera que sentado bajo la verde parra de su antigua casa, contempla á sus pequeños nietezuelos, que tan alegres y felices cual los pájaros del bosque, le distraen con sus inocentes juegos, mientras el último rayo del Sol le envía una dulce y cariñosa despedida.

Pienso en la virgen candorosa que acaricia su primer sueño de amor, tiñendo su fantasía con colores más sonrosados y bellos que los que le ofrece el tendido horizonte.

Admiro la tranquila y silenciosa lágrima que involuntariamente se desliza por la pálida mejilla de una madre que ha perdido á su hijo, lágrima que conmueve y no quema pues al contemplar el puro firmamento sabe que hay un ángel que la bendice.

Me parece divisar las blancas velas de ligera nave que arruyada por las azules y serenas olas de un mar tranquilo, lleva al valiente marino después de larga ausencia, á las suspiradas playas de su patria; y anheloso y feliz en la cubierta de su buque dirige una cariñosa y ardiente mirada á las montañas de la cercana costa, porque en ellas encierra todos los afectos de su alma, y en aquella hermosa tarde todo sonríe á sus ojos, compensándole los peligros de las desechas borrascas.

Prolijo sería estenderme más en las soñadas imágenes que crea mi fantasía, en estas horas fugaces de un crepúsculo de Otoño, pero creo firmemente que ya se dilatan nuestros labios con una alegre sonrisa ó ya se nublan los ojos con el peso de una lágrima, son unas gratas y hermosas compañeras las serenas tardes de Octubre.

E. VALDELOMÁR.

Octubre del 73.

DECIDLE MI AMOR.

Alegre mariposa
que vás de flor en flor
buscando los placeres
que sueña tu ilusion:
vuela, vuela ligera
al cielo de mi amor,
y dí á mi niña, cuánto
la adoro yo.

Ligero pajarillo
que cruzas la region
donde cantan los ángeles
y donde mora Dios;
detén tu ráudo vuelo,
y en armonioso son
dile á mi niña, cuánto
la adoro yo.

Arroyo que entre flores
exhalas tu rumor
y de la selva umbria
buscas el pabellon;
si miras en tus márgenes
su rostro encantador,
dile á mi niña, cuánto
la adoro yo.

Céfiro que acaricias
su rostro seductor,
y esparces sus cabellos
en donde brilla el sol;
al llegar á su oido
con plácido rumor,
dile á mi niña, cuánto
la adoro yo.

Alegre mariposa,
pájaro volador,
arroyo melodioso,
áura que vuela en pós;
cuando veais mi bella,

decidla por favor
si ella me adora, cómo
la adoro yo.

CÁRLOS VIEYRA DE ABREU.

Madrid, Marzo, 1873.

FLORES Y AMORES.

Las flores que en mil colores
se ostentan en primavera,
al soplo del aura fiera
mueren, y flores no son.

Así, la pasion ardiente
que en mi pecho alimentaste,
con tu desprecio mataste
al par que mi corazon.

Las mustias flores esparce
por el desierto camino
el hirviente remolino,
con otras que atrás dejó.

Así tú, como ese viento
que es verdugo de las flores,
verdugo de mis amores
te tornas, sin compasion.

Mas vuelve Abril á brotar
y renacen nuevas flores,
pero las de mis amores
no vuelven á despertar.

H***

A la simpática poetisa

SRITA. DOÑA AMPARO GARCIA.

EN SU AUSENCIA.

¿Dónde Amparo se fué..? ¿Porqué su canto
No llega como antes á mi oido
En armónico son, lleno de encanto..?
¿Parlero ruiseñor, vuelve á tu nido!

Vuelve, sí, que tu inspirado acento,
Derramando torrentes de poesia,
Nos diga lo que encierra el pensamiento
Del ángel seductor de la armonía.

J. LOPEZ HERRERA.

VARIEDADES.

Del Suizo á la Suiza.

LA SOMBRA.

I.

Cuatro horas despues de haber llegado á Valencia, la campana del comedor de la fonda avisó que era hora de almorzar.

Bajé al comedor....

Y á propósito, antes de continuar, voy á permitirme una observacion.

¿Por qué razon este hermoso idioma castellano tiene tantas rarezas?

¿Por qué se llama *comedor* el sitio donde se come?

No estoy confórme.

Propongo á la Academia de la lengua un cambio de palabras; me parece que no puedo proponerle menos: no faltarán académicos que quieran proponerle un cambio de ideas.

Propongo que el sitio destinado para comer, se llame en adelante el *comedero*, y el sugeto que come, el *comedor*.

Me parece que esto es lo que marca el sentido comun.

Y no es mucho pedir; así, cuando un hombre se ocupe en limpiar el comedero á los demas, no hará perjuicio á nadie.

Y así se evitará que los descontentos murmuren de los gobiernos.

Y sigo mi cuento.

Bajé al comedor (con perdon sea dicho), y arremetí con esa eterna tortilla de yerbas, especie de unguento Holloway, que por todas partes se encuentra. (Hay quien asegura que el unguento tiene mejor sabor que las tortillas de estas fondas de España.)

Acabada la tortilla, se me presentó delante ese inacabable biftek, que empieza en el café Imperial de Madrid y acaba en Laponia. Ese conocidísimo pedazo de carne, ilustrado con patatas, cabo de gastadores de todos los almuerzos de Europa.

Acabado el biftek, vinieron unos riñones, que antes de comerlos ya me dolian.

Acabados los riñones, ¡el Señor tenga piedad de nosotros! vino una plaga. ¡La langosta! ese pescado con uniforme.

Y acabada la langosta, vino un caballero que se sentó enfrente de mí.

Aquí empieza lo tristísimo, lo desconsolador y lo irritante.

Era la cuarta vez que me encontraba frente á frente de aquel caballero.

Al salir de Madrid le ví en la estacion entre otros muchos viajeros. Yo no sé qué habia en la cara de aquel hombre que me atacaba los nervios.

¿A quién no le ha sucedido encontrarse de manos á boca con una persona, y decir de buenas á primeras: «Esa persona y yo nos odiariamos con el mayor gusto?»

¿No es verdad que existe la antipatía instantánea, repentina, incomprendible?

El caballero aquel, en la estacion de Madrid, me miró de arriba abajo.

Yo le miré de derecha á izquierda.

El parecia decirme: «¡Me cargas, chico, me cargas de una manera atroz!»

Yo le decia con los ojos: «¡Feo!»

Salimos de Madrid; yo para Alicante, él no sé para donde. Al llegar á la estacion de Albacete, bajé á no sé qué asunto urgente; bajar y encontrarme con el caballero, fue todo uno.

Me miró, y me dijo con la mirada:

—¡Hola, majadero! ¿Con que viajamos juntos? Lo siento.

Le miré, y le quise decir mirándole:

—¡Adios, fastidioso! Si hubiera sabido que venias en este tren, me quedo en Madrid.

Y nos volvimos cada cual á nuestro wagon.

Llegué á Alicante, estuve tres dias ó cuatro sin acordarme de semejante tipo, y un dia que fuí á ver el interior del vapor *Madrid*, anclado en aquel puerto, al subir por una escotilla... ¡cataplum! el caballero de mis pecados.

Esta vez, no sé si queriendo ó sin querer, me dió un pisoton que me evaporó tres callos.

—¡Ay! grité como si me hubieran pegado un balazo; y no porque el pisoton fuera tal que me hiciera gritar tanto, sino por decirle con aquel ¡ay! al viajero:—¡Qué bárbaro eres, hombre, qué bárbaro, qué bárbaro!!

El...—se lo conocí en la cara,—sintió tener que pedir perdon, pero era bien educado, por desgracia mía.

Sin mirarme siquiera, dijo:

—¡Dispense V.!

Y lo dijo con la voz y el acento con que hubiera podido decir:—¡Vaya V. á paseo!

Salí del vapor con mis amigos, y en los dias que estuve en Alicante, no ví ¡oh felicidad! al hombre antipático.

Es decir... una noche soñé que me dolia un diente, que habia mandado llamar á un

dentista, que el dentista era el hombre antipático, y que en lugar de sacarme el diente, me arrancaba muy de prisa, con unas tenazas enormes, la nariz, las orejas y todos los puntos salientes de mi rostro.

Después de esta pesadilla, nada encontré en mi camino que se pareciera al hombre aquel.

Sali de Alicante, tomé mi pasaje en un vapor para Barcelona, pero se me ocurrió detenerme en Valencia.... ¡es claro! Estaba escrito que yo me detuviera en Valencia. ¿Para qué me detenía yo en Valencia? ¿Para qué? ¿Para encontrarme con aquel *miserable!*

Volvamos al momento en que vino mi hombre á colocarse entre la langosta y mi tranquilidad.

No hizo mas que sentarse á la mesa y verme, y se le demudó el color.

Yo me tragué, sin querer, el hueso de una aceituna.

La mesa se meneaba; era que el hombrecito aquel meneaba el pie y la pierna derechos, como siempre que uno reflexiona ó está irritado.

Mi hombre me dijo con una mirada:

—¿Con qué no hay medio de que me dejes en paz, eh?

Yo le dije con otra:

—Pero hombre ¡qué rabia me da de encontrarte por todas partes!

Y él con otra miradita:

—¡Parece broma esto!

Y yo, con otra miradita:

—¿Cuándo te mueres, bandido, cuándo te mueres?

La conversacion de los viajeros reunidos á la mesa vino á interrumpirnos en nuestras meditaciones.

Se hablaba de los celos: un individuo habia matado á su rival en un pueblo cercano, y este era el asunto objeto de la conversacion. Asunto por cierto muy apropósito para hacer la digestion poquito á poco.

Una señorita decia:

—Comprendo cualquier cosa en un arrebatado de celos.

Y un señor con peluca rubia y patillas negras:

—Sin embargo, la reflexion puede aminorar mucho las...

Interrumpió un extranjero:

—La reflexion en tales casos sirve para acabar de decidir el crimen.

Y siguió una señora muy guapa:

—Cada cual piensa de diferente modo, segun se siente con verdaderos celos ó nó.

Entonces tercié en la conversacion, y dije:

—Un hombre celoso, ó lo que es lo mismo, un hombre enamorado, es capaz de todo.

—¿De todo? preguntó la señora guapa.

—Si, señora, de todo; hasta de casarse.

El hombre antipático dijo entonces:

—Eso parece una burla al matrimonio.

Y yo le contesté.

—¡Psth!

Aquello de *¡psth!* le puso verde. Se levantó para marcharse; pero al tiempo de irse á levantar dió con el codo á la botella del vino; la botella cayó, y como yo estaba en frente, el líquido corrió en direccion hácia mi; no tuve tiempo de apartarme, y al caer el vino de la mesa al suelo, me manchó el pantalon. ¡Un pantalon blanco! no le digo á V. mas.

Mi hombre se incomodó como si estuviera en mi caso.

¡Ni siquiera me dijo: *V. me dispense*, como la tarde del pisoton!

Pero tuve diez segundos de placer al ver todas las miradas fijas en aquel hombre; y minuto y medio de satisfaccion al oirle decir á la señora guapa:—¡Qué torpeza! y tres minutos de regodeo al oir que el hombre aquel al salir del comedor dió un tropezon tremendo en la escalera, que hizo reir á todos los presentes! ¡Y deseé que todos ellos se lo escribieran á sus familias respectivas!

(Se continuará.)

EUSEBIO BLASCO.

EL BESO DE ZULIMA.

ROMANCE ORIENTAL.

Era una tarde apacible
dulce como la sonrisa
de un ángel, que allá en el cielo
himnos canta de alegría;
el sol sus últimos rayos
oculta tras la colina
y cruza el espacio rápido
mas de un ave fugitiva,
que envia en sus dulces trinos
tierna despedida al dia.

La poética Granada,
la joya de Andalucía,
cuyos deliciosos cármenes

brindan encanto á la vista,
envuelta está en triste luto;
pues se anuncia la partida
del sultan Abul-zadic,
que vá con su grey morisca
á morir en la batalla
ó á dejar allí la vida.

Por eso está la sultana
en hondo dolor sumida
y perlas vierten los ojos
de la angustiada Zulima,
hurí del sétimo cielo,
cuya belleza cautiva,
joya que es de Abul-zadic
la de su mayor estima,
pues no se encuentra una hermosa
coma la hermosa Zulima.

Del pátio en el grande alcázar
se escucha la gritería
y el ruido de las armas
de la gente allí reunida;
ya suenan los añafles,
va á partir la comitiva
y aparece Abul-zadic,
con su noble frente erguida
y detrás de él un esclavo
su caballo conducia.

Todo estaba ya dispuesto
cuando aparece Zulima
para dar á Abul-zadic
llorosa la despedida.
Suspira y estampa un beso
en su pálida mejilla
y permanece callada
del sultan al pecho unida,
hasta que este al contemplarla
lanza un grito de agonía.

Zulima, la hermosa mora,
su joya de mas estima,
dió al sultan con aquel beso
y aquel suspiro, su vida.
Por eso lanzó el sultan
aquel grito de agonía;
por eso en su crespá barba
cae una lágrima furtiva;
pues no se encuentra una hermosa
como la hermosa Zulima.

CÁRLOS VIEYRA DE ABREU.

Madrid.—1873.

Á SU RETRATO.

Imágen de la mujer
Que idolatra el alma mia
Insensible á mi agonía
E insensible á mi placer.

Tú con verdad sin igual
Eres su imágen más propia,
Que hasta en el sentir, la copia
Retrata al original.

C. CANO.

MADRIGAL.

Espíritu de amor, sublime esencia,
¿qué lugar destinaste á tu mansion?
¿Tal vez el corazón,
ó al lado brillarás de mi conciencia?
Dó moras no lo sé; pero es bien cierto
que un rayo de tu luz,
conciencia y corazón me dejan muerto.

N. GONZALEZ.

CANTARES.

Cada vez que me miran
tus ojos negros,
parece que me dicen
«por tí me muero.»
Y al comprenderlo
les responden los míos,
«espera, vuelvo.»

Si es verdad que Cupido,
cual dicen, lleva
en una mano el arco,
y en la otra flechas;
¿cómo, dí, puede
tender tan prontamente
de amor las redes?

J. L.

MISCELÁNEAS.

Segun nuestras noticias, ocupará el Gran Teatro en la presente temporada una compañía dramática á cuyo frente figura el reputado y conocido primer actor don Manuel Osorio. Dicha compañía trae consigo un lucido y numeroso cuerpo coreográfico.

Nos damos la enhorabuena si es cierto lo que asegura el Sr. Martos, y esperamos impacientes la primera representación.

* *

En el afán constante con que buscamos la prosperidad y el adelanto de toda nuestra provincia, hemos asistido á la feria de Montoro para buscar allí manifestaciones de progreso.

Podemos decir para gloria del pueblo y gusto de todos, que la feria de Montoro es tan buena como la de cualquier capital de provincia.

Grande animación, mucho gusto y elegante sencillez en el decorado de las cuatro tiendas del Ayuntamiento y los tres casinos, especialmente en la primera, que, nueva este año, ha llamado la atención de naturales y forasteros. Mucha animación, mucho baile. Escelentes y muy variados juegos de fuegos artificiales. Buenas fondas y buenas aunque pocas tiendas de juguetes. (Pero es por que los niños en Montoro son muy poco exigentes.)

Damos la enhorabuena al pueblo y á nuestro amigo el Sr. Alcalde que en el general aplauso de sus convecinos ha encontrado el justo premio á sus sacrificios, y sentimos no tener mas tiempo para haber dedicado unas cuantas líneas más á una descripción detallada de esta feria.

* *

Un zapatero acudió al juez de paz diciendo que el sastre del portal, su vecino, se reía en sus barbas siempre que pasaba por delante de su casa.

El juez dijo al sastre:

—¿Por qué hace V. eso?

—Porque el señor se ha empeñado en pasar siempre que yo me río.

* *

Hemos tenido el gusto de ver una exposición dirigida al Sr. Rector de la Universidad libre de Córdoba, escrita por el joven alumno D. Norberto Gonzalez, cuyo objeto es el establecimiento de una cátedra de Moral Médica.

Las importantes y numerosas razones que el expositor aduce en favor de su petición, no dudamos harán eco en los oídos del Sr. Barroso, que tan dispuesto se encuentra siempre á introducir todas las mejoras que puedan redundar en beneficio é ilustración de los alumnos.

Nosotros aunque ajenos á la materia, podemos asegurar que el referido documento

honra notablemente á su autor, no solo por su buena y correcta redacción, sino también por el noble propósito que en sí encierra.

Nos servirá de grandísima satisfacción que el pensamiento del Sr. Gonzalez se realice, y le damos nuestro más sincero parabién por lo bien ejecutado de su trabajo, creyendo además que al lado de la cátedra que en él se pide y que parecería el complemento de los estudios médicos, deberían figurar otras en que se explicarían las especialidades de Oftalmología, Dermatología y Sifiliografía, que tan descuidadas andan en los demás centros de enseñanza, aun los oficiales.

* *

Calla, que no ha advertido—el mal que pasa un marido—al remo de su mujer;—si acaso es gorda, no entra—sin perejil al tragalla;—si es chica, nunca se halla;—si es alta, siempre la encuentra;—si es muy callada, es gran daño;—si preguntona, cruel;—si es celosa, dígalo él,—que la sufre todo el año.—Si paridora, es rigor;—si estéril, nunca hay regalo;—si come mucho, es muy malo;—si nada come, peor.—Si rica, ha de obedecerla;—si es pobre, ha de sustentarla;—si es hermosa, ha de celarla:—y si es fea, ha de temerla.—Y así en la varia fortuna—que enseña el norte de de amor,—imagino que es mejor—no casarse con ninguna.

* *

Días pasados entró en una peluquería un caballero, y entabló el siguiente diálogo con uno de los dependientes:

—Buenos días.

—Muy buenos los tenga V.

El recién llegado se sentó.

—¿Qué hacemos, caballero? dijo el peluquero.

—Nada de particular, contestó el otro con la mayor indiferencia.

—No me ha comprendido V. Decía que qué vamos á hacer.

—Lo que V. quiera, dijo el interpelado.

—¿Pero V. sabe lo que necesita?

—Tantas cosas necesito...

—¿Quiere V. cortarse el pelo?

—Bien. Puesto que V. se empeña, deme V. un par de tijeras.

Y con la mayor flema del mundo, nuestro hombre se arrellanó en su butaca, y, con el espejo delante, se *peló* sosegadamente, y se marchó despues, dejando estupefactos á cuantos presenciaron la escena.—*Es histórico.*

* *

Se examinaba de latin un muchacho que no lo habia estudiado. Un tio suyo, que formaba parte del tribunal, le habia dicho:

—No tengas miedo, y mirame á cada pregunta, que yo te indicaré de una manera ó de otra lo que debes contestar.

Preguntado por uno de los examinadores que significaba la palabra *ego* (yo), miró á su tio, que estaba dándose repetidos golpes en el pecho, y contestó lleno de satisfaccion:

—*El chaleco de mi tio.*

*
*
*

Tenemos entendido que algunos profesores jóvenes de la facultad de medicina de esta Universidad, tienen el propósito de escribir una revista médica. Nos parece muy acertada la idea, pues además de la importancia de una publicacion de esta índole, para los intereses de la ciencia, servirá para coadyuvar al prestigio y buen nombre de los profesores de esta Universidad.

*
*
*

—Chico, mi novia es una «borrica» de puro buena, á quien estoy más rendido y manso que un «borrego,» y á quien amo como un «bestia.» Su recuerdo es para mí el «pasto» más sabroso. ¿Qué la pediria yo como prueba de su amor?

—Amigo, le dijo el compañero; lo mejor que puedes pedirle, es una albarda bordada.

*
*
*

EPIGRAMA.

Un gallego poco fuerte,
pedia con devocion
al bendito San Anton
le diera una dulce muerte.

Sin duda el santo le oyó
porque murió al otro dia
de un hartazgo que tomó
en una confitería.

PASATIEMPOS.

CHARADAS.

Mi primera es una letra
que á veces vale por tres:
mi segunda es un artículo
que no es de fondo; está Vd?...
la tercera en los estanques

muchas veces encontré;
y es mi todo un escritor
de gran chispa y... cordobés.

A. M. DE G.

Jamás me casaré yo
con muger prima y tercera.
La segunda repetida
es dulce de tal ralea,
que al que come muchos, muchos,
con su pintura envenenan.
Es terrible proyectil
que mata al que menos piensa
ese que formado está
con la segunda y tercera.
La última repetida
quizá es de embeleso prenda;
tambien puede ser efecto
de cualquier dolor de muelas.
El todo es un instrumento
que tocan allá en mi tierra
casi siempre, y sobre todo,
el dia de Noche Buena.

X.

LA SOLUCION EN EL NÚMERO PRÓXIMO.

SOLUCIONES AL NÚMERO ANTERIOR.

Descifrando las charadas
del ALBUM cuarenta y cuatro,
encontré que eran su todo
CAMELO y CALAMOCANO.

L***

Las acertaron además la Srta. A. M. de G.,
y E. R., de Córdoba.

Correspondencia particular de «El Album.»

Srta. A. M. de G.—Gracias por su charada.
—Mande la solucion.—Insisto en lo dicho.

Sr. D. Juan Escobar, Carolina.—Está V.
servido.

Sr. D. R. H., Madrid.—¿Con qué esas tene-
mos? Pues cuénteselo á su abuela, que á mi
me tiene sin cuidado.

Sr. D. R. L., Leganés.—Desde hace tiempo.

CÓRDOBA.

Imprenta de LA ACTIVIDAD,
Azonaicas, 4.